



NEOLIBERALISMO Y POSTMODERNIDAD: LA CRÓNICA DE UN SUICIDIO COLECTIVO Y LAS LECCIONES NO APRENDIDAS DE LA MODERNIDAD

Miguel A. V. Ferreira

mavferre@ucm.es

Jorge García Martínez-Arrarás

jgmarraras@gmail.com

Universidad Complutense de Madrid

Resumen:

Bajo el imperativo economicista de que todo va bien si la economía va bien, y para que la economía vaya bien, esto es, para que el capital obtenga beneficios, según el credo neoliberal, hay que fomentar la inversión, y que para ello es necesario abaratar los costes laborales y facilitar la discrecionalidad en la gestión de la mano de obra, hemos llegado a lograr un milagro inédito: el poder ha sido delegado en manos de los grandes inversores financieros, acreedores de la deuda pública y de la privada, mientras las franjas de miseria no dejan de ensancharse a lo largo del planeta.

Los/as trabajadores/as ya no se definen por su condición de tales, sino porque la misma ha dejado de ser garantía de subsistencia; y así, mientras “los mercados” dictan las directrices políticas a seguir a nivel internacional, cada vez más gente, con y sin trabajo, queda condenada a la miseria, al hambre... a la muerte (física y/o moral). El neoliberalismo es una gran maquinaria de autodestrucción colectiva: ¿cómo puede ser que sigamos colaborando en su expansión desenfrenada?

Palabras clave: neoliberalismo, especulación, pobreza, ideología, cultura, reproducción

Abstract:

Under the economicist imperative according with all goes well if economy goes well, and for a good economic progress, that is, for providing benefits to the Capital, as Neoliberal religion dictates, is necessary promote the inversion, that means reduce labour costs and increase the workers management discretion (less rights, easier layoff, and so on), we have produced an unprecedented miracle: the power has been turned over large financial investors, creditors of the public and private debt.

Workers will not more be defined as such, but as persons that, despite of have a wage, cannot guarantee their subsistence with it. An thus, while “markets” dictates international policies, moreover, more people, with and without work, is condemned to misery, humger... death (Physical and/or moral). Neoliberalism is a great machine of collective self-destuction. How is possible that we continue contributing to it increasing expansin?

Key words: Neoliberalism, Speculation, Powerty, Ideology, Culture, Reproduction

Sobre el Neoliberalismo y el suicidio colectivo

Miguel A. V. Ferreira

La cuestión a dilucidar es simple. La problemática que hay detrás de ello no lo es tanto. Partimos, ante todo, de la premisa de un desconocimiento bastante amplio del conjunto de los factores relevantes que sería necesario tomar en consideración, así como del hecho de que la percepción que uno se puede formar de la situación actual está condicionada, de manera decisiva, por el contexto particular de existencia a partir de la cual la misma puede ser construida.

Esta “crónica” se escribe desde España; paradójico ámbito de existencia a fecha actual: un presupuesto “primer mundo” que, sin embargo, dada la evolución en los últimos años, ha llegado a alcanzar, en sus condiciones socio-económico-culturales, el rango objetivo de tercer mundo. Estamos involucrados en un proceso de transformación, demandado por ese constructo indefinible llamado Unión Europea, que nos impulsa rauda y eficientemente hacia grados de miseria que jamás hubiéramos creído hace apenas diez años, hacia la más desigualitaria redistribución de la riqueza que se pudiera pensar, hacia la permanente constatación de que quienes ostentan el poder (y aquí creo que cabe señalar que la sombra alargada de Marx sigue plenamente vigente desde la lápida del cementerio de Highgate en Londres, en la que figura “los filósofos sólo han interpretado el mundo de diversas formas, sin embargo, el objetivo es cambiarlo”. En ese mundo que la filosofía no puede cambiar, el poder lo ostentan prioritariamente quienes manejan la economía: el poder económico determina el poder político, bien porque se ostenten ambos, bien porque se pueda ejercer el control sobre los que poseen el segundo), quienes ostentan el poder lo hacen a costa de la gente y en beneficio propio.

El repertorio actual de casos de corrupción, malversación, cohecho, fraude fiscal, especulación, blanqueo de dinero, tráfico de influencias, etc., en los que cargos políticos y empresarios han aprovechado los resortes del poder para exponer a la ciudadanía con el exclusivo objetivo de enriquecerse, no deja lugar a duda. La gente ha sido sacrificada a costa del beneficio de los privilegiados.

Situación que, además, revela que no hemos avanzado gran cosa en cuanto a “justicia”, ejercida a partir de vías jurídicas, desde los tiempos aristocráticos del Antiguo Régimen: sigue habiendo una “aristocracia” y una “plebe” y el trato jurídico no es el mismo para la una que para la otra. No nos cansamos de ver como defraudadores multimillonarios eluden, con altanería, hipocresía y prepotencia, las sanciones judiciales (o lo que es peor, el ser objeto de juicio), mientras pobre gente de recursos más que limitados se ve inexorablemente sometida al pesado yugo de la ley.

Mientras el paro en nuestro país se sitúa en el 26% (y el juvenil por encima del 55%), se han destruido cerca de 200 mil empleos a lo largo de 2013, casi dos millones de hogares tienen a todos sus miembros en el paro, las personas en situación de pobreza son casi el 20% de la población, cerca de tres millones de niños están en riesgo de exclusión social y el 42% de los niños españoles no pueden celebrar un cumpleaños o evento excepcional por falta de recursos económicos; mientras eso sucede¹, los grandes bancos españoles, Santander y BBVA, han visto incrementarse sus beneficios en ese mismo año en un 30%, las ejecuciones de desahucios han alcanzado una cifra récord en el primer semestre de 2013 y fortunas como la de Amancio Ortega (marca Zara) alcanzan los 15.000 millones de euros².

Se da un cuádruple proceso:

- Los más ricos, cada vez son menos y son más ricos que antes.
- Los ricos, cada vez son más (siendo un sector minoritario, muy minoritario, no deja de engrosarse).
- Los sectores económicamente intermedios van desapareciendo (una minoría pasa a engrosar la lista de los ricos, aunque no muy ricos; una amplia mayoría baja escalones aceleradamente).
- Los pobres son cada vez más y más pobres.

¹ Datos extraídos de la Encuesta de Población Activa (EPA), Instituto Nacional de Estadística (INE): <http://www.ine.es/daco/daco42/daco4211/epa0413.pdf>, del último trimestre del año 2013; y del informe “2.826.549 razones” de Save the Children España (<http://www.savethechildren.es/docs/Ficheros/644/INFORME.pdf>).

² Robinson (2013).

Es lo que se conoce como “polarización” económica (Castells, 1996).

La situación es, francamente, dramática. Y, sin embargo, el conjunto mayoritario de la ciudadanía no se ha levantado, radical y abiertamente, frente a ello. ¿Cómo puede ser esto posible? La pregunta, sin duda, tiene relevancia sociológica, puesto que se trata de explicar cómo, frente a una situación objetiva de “expropiación vital”, la subjetividad colectiva no es capaz de darse cuenta de ello y actuar en consecuencia. El Neoliberalismo es mucho más que una simple doctrina económica...

Neoliberalismo: los mimbres

«Todo sistema económico exige un conjunto de reglas, una ideología para justificarlas, y una conciencia en el individuo que le haga esforzarse por cumplirlas»³

La situación a la que hemos llegado es consecuencia del giro en las políticas económicas que se inicia en los años 70, tras el período Keynesiano, y auspiciado por las doctrinas Reagan y Thatcher⁴. El crecimiento económico logrado con el modelo Keynesiano previo, amparado sobre todo en la gran empresa fordista de producción en serie y en masa llegó a su agotamiento al saturar los mercados⁵. Aún habiendo desarrollado, en su última fase, una estrategia de producción artificial de necesidades, haciendo que muchas grandes empresas multinacionales invirtieran más dinero en publicidad y márketing que en costos de producción, llegó un momento en que la demanda no era capaz de absorber esa sobreproducción. La sociedad de consumo, que había transitado hacia una sociedad consumista, endeudando a muchas familias por la expansión del crédito, tocó a su fin.

El modelo se mantenía sobre la base de lograr una gran capacidad de ahorro y, por tanto, de consumo, de las clases trabajadoras, que permitiera que pudieran comprar las mercancías que las empresas fabricaban. Ahora bien, esta capacidad no era el objetivo perseguido, sino el medio para lograr dicho objetivo, que no era otro que el incremento indefinido del beneficio del capital.

Cuando se desencadenó la crisis, el diagnóstico respecto a sus causas que acabó triunfando fue aportado por el pensamiento Neoliberal: el objetivo era adecuado, lo errado había sido el medio; y si se quería mantener el objetivo, habría que desarrollar nuevos medios para lograrlo.

Si en lugar de un pensamiento radicalmente economicista se hubiese impuesto otro, digamos, más humanista, seguramente el diagnóstico hubiera sido que el problema real era el objetivo. No fue el caso; y así hemos llegado a dónde hemos llegado.

³ Robinson (1964: 18); citada en Montoro (1985: 82).

⁴ Según Naomi Klein (2012), estas doctrinas, plasmadas de manera práctica en nuevas políticas económicas, tuvieron un banco de pruebas previamente en la forma de los “experimentos piloto” de las dictaduras de Pinchet y Videla. Según la autora sugiere, el gobierno estadounidense alentó y apoyó los golpes de Estado en Chile y Argentina para que los seguidores de Milton Friedman (los “Chicago Boys”, los denomina), pudieran comprobar los efectos de la puesta en práctica de medidas neoliberales. Ambos dictadores, a cambio del apoyo recibido, aplicaron las directrices de Friedman en materia de política económica. Dos países relativamente prósperos en los 70, con una más que razonable cobertura pública para las clases trabajadoras (cabría catalogarlos de Estados del Bienestar en proceso de desarrollo), vieron desmantelarse todos los derechos y relativa estabilidad laborales alcanzados, arrojando a una inmensa mayoría de la población a una pobreza hasta entonces desconocida, mientras las élites conocieron su época de mayor prosperidad. Puesto que el efecto agregado, obviando el brutal incremento de la desigualdad, así como la inequidad en la redistribución de la riqueza, fue un notable crecimiento económico, el experimento fue considerado un éxito: ya se podía trasladar a Estados Unidos y a Europa el modelo (incrementar los beneficios de los más ricos a costa de la mayoría de la ciudadanía se convertía en lo más razonable económicamente; crecimiento económico a costa de la gente, ése era el lema a seguir...)

⁵ Esta interpretación de la crisis económica de los 70 está tomada de David Harvey (1990); según el autor, la crisis del petróleo no fue el desencadenante, según se ha venido entendiendo usualmente, sino el punto culminante de uno proceso que se venía gestando desde antes, generado por el modelo de acumulación económica Keynesiano.

El problema, desde el diagnóstico liberal, era que se había dado un excesivo intervencionismo político sobre el mercado, impidiendo que éste funcionara libremente siguiendo su propia lógica. Había sido un error proteger políticamente a las clases trabajadoras frente a los efectos negativos que el mercado podía producir. Había que invertir la lógica para corregir el error: había que suprimir todas las garantías, coberturas, prestaciones, servicios, etc. derivados de dicho intervencionismo y dejar que la economía, y sólo la economía marcara las directrices a seguir. Y como la economía era una economía capitalista, había de ser el Capital, guiado por su único y exclusivo interés, el que asumiera las riendas.

Esto supuso, como señala Foucault (2008), que la tradicional tensión entre política y economía que configuraba la experiencia práctica de las sociedades occidentales desde la constitución de la Modernidad y caracterizaba la doctrina del liberalismo clásico desde Adam Smith⁶, tensión según la cual la política se constituía como un freno, frente a la economía, cuando ésta generaba efectos negativos para la ciudadanía y, siendo esto así, la permanente discusión se centraba en hasta dónde podía llegar la intervención política en materia económica; esa tensión quedó suprimida. Bajo el credo neoliberal, la política no puede poner frenos a la economía sino que, muy al contrario, debe supeditarse por completo a ella. De la tensión, pasamos a una convivencia en la que son exclusivamente los intereses económicos, los intereses del capital, los que determinan las acciones a emprender. Constatamos el inicio de la “muerte institucional” del Estado-nación como fuente de ejercicio del poder político⁷.

Bien. Todo esto sólo sirve para delimitar el contexto, las condiciones, el marco estructural en el que cobra vigencia la pregunta sociológica que se planteaba: ¿cómo es posible que este aparato ideológico, estrictamente guiado por intereses económicos, a costa de la existencia de la gente, haya podido ponerse en práctica sin que esa gente haya sido consciente de lo que ha pasado, está pasando, y haya actuado para evitarlo?. Es aquí dónde la cita de Joan Robins que se incluía al inicio de este epígrafe nos ilumina el camino: «Todo sistema económico exige un conjunto de reglas, una ideología para justificarlas, y una conciencia en el individuo que le haga esforzarse por cumplirlas».

Tenemos el sistema, las reglas y la ideología. Resta por lograr esa conciencia proclive al esfuerzo, a partir de la ideología, para esforzarse en cumplir tales reglas.

Neoliberalismo: la conciencia... preámbulo del suicidio

(Visiones cotidianas: Buenos Aires, 1999, “cartoneros” —gente que rebusca en la basura como forma de obtener recursos para subsistir que no pueden lograr de otro modo—: muchos de ellos llevan el último i-phone y calzan zapatillas deportivas Nike; Sur de Chile, 1996, conductores de vehículos europeos de importación que los destrozan porque tienen que utilizarlos en vías de tierra, sin asfalto, que rompen las suspensiones, revientan los radiadores y recalientan los motores; Cali, Colombia, 2013: edificios que se derrumban, en pleno centro urbano, dada la precariedad de la estructura, porque ofrecen la posibilidad de residir en una zona “selecta” a bajo precio; Madrid, España, 2008-2014: trabajadores, jóvenes, de la construcción, que comparten un piso de 50m², construido hace 60 años —pagan entre cuatro el alquiler, bajo en relación al precio medio en la ciudad, en una casa con tres habitaciones—, alguno de los cuales con-

⁶ Tensión que apuntaría a lo que Wagner (1997) define como ambigüedad constitutiva del proyecto de la Modernidad, según la cual, el proyecto de liberación conformado por el racionalismo ilustrado, liberación de un individuo dotado de los derechos y deberes propios de los principios políticos de la ciudadanía y de la democracia representativa, está permanentemente contrapuesto a la lógica de una creciente dominación, sometimiento, de ese mismo individuo en el plano económico, obligado a desempeñar una actividad laboral como único medio para lograr su subsistencia. Si bien Wagner no lo plantea en estos términos, lo que está en la base de esa tensión es la contradictoria conformación del individuo moderno, en su doble condición de individuo político e individuo económico; el primero, orientado hacia lo público, lo colectivo, el bien común, la convivencia; el segundo, orientado exclusivamente por su interés egoísta y calculador, a costa de quién y de lo que sea.

⁷ Para Beck (1998), esta pérdida de capacidad de ejercicio efectivo de la autoridad política por parte del Estado-nación es el rasgo determinante de la globalización. La globalización sería, entonces, un fenómeno eminentemente económico. A nuestro entender, si bien es cierto que es un rasgo definitorio del proceso de globalización, no define a la misma en su verdadera naturaleza constitutiva: la globalización es un proceso de naturaleza económica, financiera, cuyo sustrato “material”, como señala Castells (1998), son las nuevas tecnologías de la información, y de esa naturaleza económica y de la imposición absoluta de los criterios financieros sobre todo lo demás, se deriva, como consecuencia e ingrediente necesario, la total pérdida de capacidad de acción autónoma de los Estados-nación.

duce un BMW último modelo, que tienen instalada una antena parabólica para ver todos los fines de semana los partidos de fútbol de Madrid, Barcelona, Liverpool, Chelsea, Roma, Bayern... y que cuando no hay fútbol están, toda la tarde, jugando con la Play-Station; Personas en el metro que, literalmente, agreden a quien se ponga por delante para, cuando se abre la puerta del vagón, obtener, sí o sí, un asiento para sentarse...)

Se me ocurren, junto a estos, infinitos ejemplos cotidianos del modo en el que nos hemos acostumbrado a asumir que lo que hay es lo que hay, debe ser así, no puede ser de otro modo, y quién no obtenga algún “beneficio” (sustancial o marginal) de ello, es porque no se lo merece, porque no vale lo suficiente. Ya nadie, hoy en día, se plantea que quizá pueda haber alternativas preferibles al modo de existencia que se nos ha impuesto. Ya no es legítimo “pensar críticamente” (salvo si tienes un puesto estable en alguna institución que te garantiza que la crítica es digerible y no propiamente tal).

El neoliberalismo, inicialmente una ideología económica, ha acabado convirtiéndose en “cultura popular”, en la Única y Gran cultura para todo y para todo el mundo. ¿Qué da sentido al mundo? La posesión de cuanto más riqueza material se pueda. No nos planteemos cuestiones, trascendentes, metafísicas o éticas: lo único que importa, que debe importar, es la obtención del máximo beneficio económico posible. Esto conlleva, a partir del credo neoliberal, la puesta en marcha de un proceso generalizado de empresarialización de los tejidos sociales. La unidad básica de estructuración social ha de ser la empresa, de tal modo que todos busquemos exclusivamente aquello que es propio de la misma: el beneficio económico. Puesto que los empresarios, de hecho y objetivamente, son una minoría, hay que desarrollar los medios para quienes componen la gran mayoría no empresarial se crean que, de derecho y subjetivamente, son también, de algún modo, empresarios/as.

Y aquí la herramienta clave es la “competencia”. El empresario logra el objetivo perseguido del beneficio si logra una ventaja sobre sus competidores (innovación tecnológica, creatividad, estrategias de mercado, publicidad, reducción de costes,... todo cuanto sea necesario para lograr el triunfo frente a la competencia). Competir consiste en querer ganar a toda costa; competir con éxito implica un beneficio obtenido a costa de los competidores. Si consigo arruinar a toda mi competencia, seré el ganador absoluto. El trinomio empresa-beneficio-competencia engendra personas desentendidas de cualquier cosa, en particular, del resto de personas, excepto de la rentabilidad económica.

¿Se puede llegar a involucrar a la gente, a las ciudadanías, a los no-empresarios, en esa lógica descarnadamente competitiva con el único objetivo del beneficio como proyecto de vida? Se puede; se ha podido. Es necesario desarrollar los mecanismos de adoctrinamiento adecuados. Para empezar, hay que afianzar, desde los presupuestos neoliberales, el credo meritocrático, que se ancla en tres pilares:

1. El “sistema” funciona, lo que fallan los individuos, algunos individuos.⁸
2. La desigualdad es necesaria pues no todo el mundo tiene las mismas habilidades, talento y capacidad de esfuerzo.
3. Quien logra el éxito es porque se lo merece; quien no lo logre, es porque no está a la altura de las circunstancias y de lo exigido para ello.

⁸ El “sistema” puede ser cualquier cosa; como concepto, es tan omnicomprendido que resulta inútil en términos explicativos. Tomémoslo en términos metafóricos aludiendo a las condiciones de conjunto que determinan un modo de existencia colectivo orientado por el credo neoliberal. Si bien resulta bastante difuso, expresa esa contraposición entre el conjunto, y el contexto, y la persona singular. Asimismo, la contraparte conceptual utilizada, “individuo”, es igualmente inútil, pues reduce la singularidad, la particularidad a una determinada, concreta y muy limitada categorización de la misma. Estas categorizaciones abstractas de carácter dicotómico, que nada categorizan en realidad si uno se para a pensar el significado de los términos, son la forma de proceder discursiva de la ideología neoliberal; lo son porque dicho discurso es expresión del racionalismo ilustrado que da fundamento a su arquitectura epistemológica: razón/ pasión, cuerpo/ mente, verdad/ mentira, etc. No hay un “sistema” como marco estructural delimitable objetivamente, como realidad contrapuesta y distinta a los “individuos”: las singularidades individuales conforman procesual y activamente el conjunto sistémico que, a su vez, delimita las posibilidades objetivas de su actuación y constitución. El sistema no es más que la suma del conjunto de los individuos; los individuos no son más que la concreción particular que el sistema genera; no hay sistema sin individuos, ni individuos sin sistema: hay un todo sistémico-individual sin frontera delimitable entre lo sistémico y lo individual.

Ese credo meritocrático ha de asentarse, a su vez, en el principio de la esperanza: aunque no te haya tocado es suerte ser parte de aquellos que disfrutaban del éxito, cualquier día todo puede cambiar, si te sigues empeñando con tesón en lograrlo; y aunque no lo consigas, pero perseverando en el intento, quizá sean tus hijos quienes lo logren. Ninguna puerta está cerrada de antemano para nadie. En cualquier caso, asume que lo que haces, aunque a ti no te reporte los beneficios prometidos, redundará, en cualquier caso, en beneficio de todos.

Y a su vez, hace falta construir “sucedáneos” del éxito, que mantengan plenamente vigente el principio meritocrático y su apuesta por la esperanza (de esto versan las imágenes cotidianas indicadas al principio del epígrafe): aunque estés en la miseria y vivas de revolver en la basura, tienes unas Nike, un I-phone... algo del éxito te ha tocado; aunque ese coche de importación haya quedado destrozado por las infraestructuras viales de las que dispones, tú lo tenías y otros no... algo del éxito te ha tocado; aunque tu casa se haya derrumbado, durante un tiempo, viviste con los que pueden tener esas casas... algo del éxito te ha tocado; Aunque no te dé más que para un alquiler compartido en la periferia de la periferia, tienes BMW, antena parabólica y Play-Station... algo del éxito te ha tocado; aunque viajar en metro en hora punta es de lo más desagradable que vives todos los días, lograr un asiento mientras los demás tienen que aguantar de pie porque les has vencido te recompensa... algo del éxito te ha tocado... Y así, precarios y ficticios empresarios contribuyen cotidianamente al sostenimiento del “sistema”. Incapaces de darse cuenta de que esos sucedáneos, provistos por quienes realmente se benefician del “sistema”, están diseñados exclusivamente para mantenerlos en la esperanza incumplible de un éxito, objetivo, que cada vez está reservado a menos personas. Pero sigue compitiendo, busca el beneficio, bajo formas reales o irreales: esa es la forma adecuada y necesaria para lograr el mejor de los mundos posibles.

Para llevar a cabo esta operación de “ingeniería social”, un aparato institucional es determinante: la Escuela (Bourdieu y Passeron, 2001). El acceso universal a la enseñanza de las poblaciones fue concebido como un logro de las sociedades occidentales; aquello que era potestad exclusiva de las clases privilegiadas ahora se ponía al alcance de todo el mundo. El conocimiento dejaba de ser patrimonio exclusivo de unos pocos.

En la evolución de este enorme avance, la educación, la adquisición de conocimiento, dejó de ser un derecho para convertirse en un deber: todo el mundo debía, obligatoriamente, pasar por el filtro del aparato escolar. Todo el mundo debía adquirir el mismo conjunto de herramientas intelectuales.

Cabe destacar que el tipo de “conocimiento” que aportan los aparatos escolares es un conocimiento erudito, el propio de las clases privilegiadas. Jamás los aparatos escolares han incorporado saber popular, saber local. Saber en qué consiste el teorema de Pitágoras es saber, conocimiento; saber cómo abonar adecuadamente una plantación de nabos no es conocimiento. Mucha gente vive del cultivo de nabos; muy poca de la explotación del teorema de Pitágoras. Pero una cosa, según los aparatos escolares, es conocimiento, y la otra no.

Luego se sumó otro ingrediente: el acceso al conocimiento erudito (no popular, no local) de los aparatos escolares era el principal recurso para que la gente tuviera oportunidades laborales. Se estudiaba, se estudia obligatoriamente, no para acceder al conocimiento por el conocimiento, sino para acceder a un recurso que te sitúa en mejores condiciones cara a lo que habrá de ser, también obligatoriamente, tu expectativa de futuro: ganarte económicamente la vida. Pues sin eso... no tendrás vida.

De modo que los aparatos escolares se han convertido en un magnífico mecanismo de homogeneización mental: todo el mundo ha de pasar, obligatoriamente, por el mismo proceso de formación intelectual. Algunos, por procedencia familiar, lo tendrán muy fácil, pues el registro de esa “cultura” les es completamente familiar. Otros lo tendrán muy difícil. El resultado, entendiendo los aparatos educativos como un “filtro”, es que la cuestión es muy eficaz, salvados casos particulares, para situar a todos en el lugar que les corresponde, de partida, en la jerarquía social. Los que lo tienen más difícil, en general, no obtendrán nada de ese aparato educativo, salvo acabar compartiendo las mismas ideas que aquellos que sí obtienen algo; los que obtienen algo, obtienen lo mismo que han obtenido siempre.

Pues bien, junto a los valores, presuntamente, humanistas, y su carácter universalista (sin distinción de las diferencias de partida que supone la procedencia familiar), ahora los aparatos escolares están especialmente especializados en promover la empresarización competitiva. La mecánica neoliberal ha sido muy eficaz colonizando ese espacio institucional. Era fácil: bastaba transmutar ese presunto universalismo (erudito) del conocimiento en algo que, naturalmente, estaba puesto al servicio de la competencia como delimitación de la condición del ser humano: no interesa (interés)

saber más por saber más, sino porque sabré más (de aquello que el aparato escolar me provee como conocimiento, y de cualquier otro tipo de contenido que pudiera ser considerado como tal) me sitúa en mejores condiciones, junto a quienes estudian conmigo, para competir económicamente con ventaja en el futuro.

En definitiva, la escuela fabrica empresarios altamente competitivos, orientados por el exclusivo interés de la rentabilidad económica, y expulsa a aquellos/as que no demuestran su capacidad para permearse de tal condición.

Y aún así, esto sería insuficiente si no hubiera otros mecanismos, menos “fríos”, que no apelasen, simultáneamente, a la dimensión emocional de las personas. La escuela modula el intelecto, pero apelando exclusivamente a la faceta intelectual es imposible lograr la plena docilidad de las ciudadanías: hace falta una manipulación más sofisticada, más tenue, menos visible. Conviene activar la cuestión de la esperanza desde otros frentes menos, digamos, ostensibles.

Emociones y cuerpo: un éxito social “estético”

El ámbito paradigmático para constatar esta doble dimensión de la manipulación ideológica de las ciudadanías es el de la publicidad. Hace tiempo que algunos autores se dieron cuenta de la potencia ideológica en la conformación de las mentalidades que tenían los medios de comunicación (p.e. Barthes, 1980).

La publicidad es un mecanismo de intermediación, es un recurso empresarial cuyo objetivo es convencer a potenciales consumidores de las ventajas del producto anunciado frente a la competencia. Y todo vale: más calidad, mejor precio, confianza, trato directo, honestidad, preocupación por nuestro futuro, sostenibilidad⁹...

De entre todo lo que vale, podemos señalar un invariante estético: aquellos productos signados como propios del éxito social van acompañados de cuerpos “perfectos”; aquellos productos que no gozan de esa significación van acompañados de cuerpos “vulgares”. Y, junto a ello, hay una modulación emocional: los productos exitosos son, simplemente, placenteros; los no exitosos son meramente “útiles”. En el ámbito de la estética-cosmética femenina (un sector económico que, evidentemente, no surte necesidades básicas), modelos y artistas y actrices de moda se reparten el cartel: esto es éxito; las que tenemos éxito somos hermosas, sé hermosa, ten éxito. En el ámbito de la higiene doméstica (limpiadores, desatascadores, fregonas...) el reparto es menos “exquisito”.

Está en venta, en beneficio de ese proyecto generalizado de empresarialización de las sociedades, un determinado prototipo corporal, vinculado, a su vez, a ciertas asignaciones emocionales. El producto X, vinculado a determinado estatus privilegiado, es propio de cuerpos bellos emocionalmente instalados en el disfrute. El producto Z, vinculado a requerimientos más bien mundanos, está vinculado a cuerpos “comunes” movilizados por la simple supervivencia.

Esos cuerpos estéticamente “perfectos” y emocionalmente plenos no existen; pero el mensaje cala hondo. El 99% de las poblaciones no se ajusta a esa imagen, pero, triste condición humana, acaban creyendo que podrían llegar a estar ahí, que consumiendo lo que se les ofrece lograrán esa estética corporal y esa plenitud emocional. Y transigen y callan y acatan porque, se les dice, si no llegan a ello, no es porque no puedan, sino porque no están a la altura, porque les falta algo, porque tienen que perseverar más. Todo está dispuesto para que cualquiera lo alcance: llegan pocos, pues son pocos los llamados a cubrir todos los requisitos. El que se cae por el camino se lo merece por su propia incapacidad individual.

Y así, a partir de una determinada estética corporal del éxito social, se conforman las emociones de la ciudadanía, dispuesta, no a sentir lo que realmente le deporta su existencia concreta, sino la esperanza ilusoria de los mensajes publicitarios del éxito social.

⁹ Es curioso, por ejemplo, que una estrategia de las compañías energéticas a fecha actual para publicitarse sea “vender” ecologismo: no cuentan cómo destruyen los recursos naturales, sino cómo desarrollan proyectos de talante “verde”. El mensaje es, hasta, soez...

Seamos bellos/as, hermosos/as, poseedores de los dones materiales de la excelencia; disfrutemos de los parabienes ofertados, gastemos nuestras energías, esfuerzo, tiempo y dinero en ello porque, de hacerlo bien, obtendremos lo prometido. Pero el caso es que prácticamente nadie lo consigue; y, sin embargo, mucha gente se empeña en seguir esa senda, en buscar esa “esperanza” infundada... dejando de lado el hecho de que tienen una vida, particular e intransferible, que vivir con toda la autonomía de la que sean capaces.

Pero el neoliberalismo globalizado sólo entiende de índices bursátiles y de beneficios a corto plazo; mientras la gente siga entontecida con los mensajes que sostienen sus intereses, estaremos prisioneros de una élite minoritaria a la que el hambre en el mundo y las afrentas a los derechos humanos le resultan temas irrisorios.

Cuantas más adolescentes en el mundo quieran ponerse tetas de silicona para, contribuyendo a la bonanza de la medicina estética, caer bajo los dictámenes de ese salvajismo economicista, sin darse cuenta de que están hipotecando su vida por una pura ficción, tanto mejor para esos intereses financieros. Se sentirán privilegiadas por poder permitirse algo que las tres cuartas partes de la población del planeta no puede; se sentirán importantes, “exitosas”, y contribuirán, con su absoluta falta de criterio, al mantenimiento de un sistema de convivencia que mata de hambre a 12 millones de niños al año; en lugares, claro, en los que ese proceso de empresarialización ético-estética no se adentra porque sabe que de ahí no se obtiene ningún beneficio.

Sacrifiquemos personas en beneficio del capital. Ese es el presente que habitamos. Y, por desgracia, parece que no hay mucha gente dispuesta a romper con esta demencial dinámica.

Bibliografía:

- Barthes, R. (1980): *Mitologías*, México, siglo XXI.
- Beck, U. (1998): *¿Qué es la globalización?: falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona, Paidós.
- Bourdieu, P.; Passeron, J. C. (2001): *La reproducción: elementos para una teoría de la enseñanza*, Madrid, Editorial
- Castells, M. (1996): “El cuarto mundo: capitalismo informacional, pobreza y exclusión social”; en M. Castells: *La era de la información* (volumen 3), Madrid, Alianza, pp. 95-191
- Castells, M. (1998): “Conclusiones”; en M. Castells: *La era de la Información* (Volumen 3), Madrid, Alianza; pp. 369-394
- Foucault, M. (2008): *Nacimiento de la Biopolítica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Harvey, D. (1990): «La transformación político-económica del capitalismo tardío del siglo XX», en D. Harvey: *La condición de la postmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu; pp. 143-196.
- Montoro, R. (1985): «Escasez, necesidad y bienestar: apuntes para una Sociología de la Economía», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* (REIS) 30, pp. 69-92.
- Robinson, A. (2013): *Un reportero en la montaña mágica: cómo la élite económica de Davos hundió el mundo*, Barcelona, Ariel.
- Robinson, J. (1964): *Economic Philosophy*, Pelican Books.
- Wagner, P. (1997): *Sociología de la modernidad*, Barcelona, Herder.

La Posmodernidad: Lecciones No Aprendidas de la Modernidad¹⁰

Jorge García Martínez-Arrarás

Parte 1. Análisis de la Modernidad y la Posmodernidad

1. Introducción: La Modernidad y la Posmodernidad

En los siglos XV y XVI, la sociedad occidental (o al menos, los intelectuales y las capas más altas, que son, al fin y al cabo, de quienes tenemos constancia) cambió su forma de ver el mundo. De pronto, los seres humanos no parecían marionetas en manos de un Dios todopoderoso. Se podía confiar en un incipiente método científico, que hacía ver lo mucho que quedaba por descubrir, más allá de ese modelo teocéntrico que había sido la gran verdad medieval; y lo más importante, que insinuaba que el hombre, si seguía un método riguroso, podía acceder a todo ese conocimiento. Ese movimiento, renovador a la vez que inspirado y legitimado en las grandes obras de la antigüedad, se llamó renacimiento; en realidad, era el comienzo de lo que hoy llamamos modernidad.

A lo largo de los siglos, estas pautas de racionalización científica se extendieron a todos los planos de la existencia occidental. En combinación con la política y el derecho, dieron lugar a sólidas construcciones estatales jerarquizadas, apoyadas por una fuerte burocracia (que, teniendo en cuenta la definición de Weber, no es sino la aplicación de la racionalidad a la realidad social) y a la cristalización del derecho y su posterior compartimentación, pilar fundamental del poder del estado.

Aplicadas al trabajo manual, resultaron en el sistema fabril de trabajo en masa y en cadena. En conjunción con la economía desarrollaron el capitalismo (en primera instancia, un capitalismo mercantil de bienes y servicios). Unidas a la moral, definieron la sacrosantidad de ese derecho, ahora fijo, incontestable e inamovible y la moral de la obligación kantiana, una moral vacía, en realidad, de contenido verdadero; pero cimentada en estrictos esquemas de actuación.

El sueño de la razón que trajo la modernidad, cargado en sus orígenes de optimismo por el recién descubierto papel del hombre y sus capacidades para progresar, pudo haber significado el perfeccionamiento de la sociedad, el bienestar y la paz para el hombre. Un mundo racional parecía, entonces, el perfecto modelo, el mundo para y por el hombre.

El siglo XX, sin embargo, veía otro lado de ese proceso de modernización. Una vez puesta en marcha, la racionalización científica y política avanzó imparable hacia una nueva realidad de guerras más mortíferas que nunca, de armas de aniquilación masiva, de control absoluto estatal y de asesinatos en masa. El conjunto de intelectuales, desconcertados, atribuyó en principio estas catástrofes a los fantasmas de la realidad premoderna, aún no superados. Sin embargo, no tardó en aparecer otra visión (bien ejemplificada por Bauman) que admitía la horrorosa realidad de que todas estas desgracias no habrían sido posibles en una existencia premoderna; sino que habían ocurrido según el modelo moderno y gracias a él; eran creaciones tan legítimas de la modernidad como todos aquellos logros que se celebraban.

El conocimiento de este hecho puso de manifiesto el fracaso del sueño de la modernidad, que había deformado la sociedad sin posibilidad de retorno. Los horrores del siglo XX hicieron al hombre occidental desesperanzarse, perder la fe en esas verdades antes indiscutibles para arrojarlo al vacío existencial, y abrir los ojos a la presencia de realidades a las que el método cognitivo racional jamás podría llegar. Sin embargo, este cambio de rumbo no modificó, en absoluto, la racionalización moderna de la existencia, que continúa su imparable marcha; de hecho, es ahora cuando finalmente trasciende la occidentalidad y se expande a todo el mundo, uniendo a toda la humanidad en una dinámica global que hace tiempo naufragó y se sumió en la incertidumbre. Este modelo, aún incomprensible en toda su magnitud, es lo que algunos autores llaman la posmodernidad.

Las grandes preguntas que se formulan ahora son: ¿Tras ver los horrores de la modernidad, es la posmodernidad una reacción para evitarlos, o es la progresión lógica de ellos? ¿Se aprendió de ellos o se analizaron erróneamente? ¿Podría ocurrir, de nuevo, alguna de estas catástrofes?. Para responderlas es necesario analizar previamente, a partir del desarrollo de la modernidad, las características incipientes de la posmodernidad.

¹⁰ El texto que se incluye a continuación es el trabajo final de Jorge García Martínez-Arrarás para la asignatura "Sociología General" del doble grado en CC. Políticas y Derecho de la facultad de CC. Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid; curso académico 2013-2014. Uno de los trabajos más brillantes que me he encontrado en mi trayectoria académica. Creo que contribuye significativamente a ilustrar el "mensaje" del presente artículo.

2. La Nueva Economía. La Especialización de los Operarios.

Aunque no se puede entender la modernización (que, como he dicho, parece continuar, de forma nueva y distinta, en este nuevo modelo que venimos a llamar posmodernidad) como un fenómeno exclusivo de alguno de los campos del ser humano (sino que hay que ver la modernidad como un fenómeno de alcance absoluto, operante en todos los planos de la existencia humana), este enfoque, por campos, resulta especialmente útil y provechoso a la hora de analizar y comprender las dinámicas derivadas de este modelo. Así, sus particulares características pueden sentirse en todas las producciones de la cultura; la política, el derecho, el arte, la ciencia, la moral, la economía... y esta última parece ser el campo ideal para comenzar un análisis.

La economía es, posiblemente, el más objetivo baremo de los movimientos que se producen en la sociedad. Por supuesto, la economía misma no es tan sólo un instrumento de medida, sino que provoca e influye en las dinámicas sociales. La economía refleja la necesidad que pasan los individuos; su forma de adaptarse a esa necesidad; determina en primera instancia cómo serán las relaciones laborales, e indirectamente el resto de relaciones. Resulta así un factor determinante en la socialización a la que toda persona se ve sometida, y sus lógicas se extienden mucho más allá de lo que a primera vista pudiera parecer.

Así, el modelo económico actual, surgido con la modernidad, es el capitalismo. Derivado de la lógica del intercambio de bienes y servicios y de la producción de valor por parte de los individuos que invierten fuerza de trabajo, no fue posible sin la asimilación de criterios economicistas de egoísmo individual. La codicia, unida a los criterios metodológicos racionales científicos dio lugar a una lógica de la mayor acumulación de valor posible, siguiendo pautas de eficiencia matemática. Es decir, igual que científicamente se aplicará un método lógico para llegar finalmente a un hallazgo, económicamente se orientarán las acciones a la consecución del máximo beneficio posible, buscando la forma de emplear nuestros recursos de forma que produzcan en su máxima capacidad, evitando el despilfarro de los recursos o su pérdida de eficiencia. De la misma forma, la sociedad en conjunto se orientó a la producción eficiente de un fin u objetivo último que se entendía como real y alcanzable.

De esta forma, la acción humana, progresivamente, se ha encontrado guiada por una lógica de la eficiencia; no solo a la orientación a un objetivo, sino también a su consecución en el menor tiempo posible y utilizando los menores recursos posibles. Lo que supuso, con el tiempo, en la concepción de sistemas fabriles de producción en masa y en cadena, aplicable no sólo a la producción de bienes materiales, sino también de servicios y de actividad intelectual, y, así, a la especialización formativa de las personas, que se convierten en operarios especializados en la realización de tareas específicas, pero a menudo incapaces de realizar el resto de tareas que son necesarias para el producto que, en conjunto, se produce.

Esta especialización resulta fundamental para entender algunos de los horribles sucesos ocurridos en el siglo XX. Los asesinatos organizados por el régimen nazi, teniendo el objetivo último de la producción de exterminio racial, se sistematizaron acordes a criterios de eficiencia; había una organización racional tras ellos que en gran medida dependía de una correcta división de tareas. Para empezar, la división de tareas permitía el máximo desempeño individual de cada operario; pero, al mismo tiempo, esos mismos operarios, al no ser más que un eslabón en la cadena de producción, y ser condición indispensable pero insuficiente del producto, perdían de vista la consideración sobre el mismo.

A día de hoy, sin embargo, se ha dado un paso más allá, que no era imaginable en los años cuarenta. Tras la crisis de los años 70, se hizo manifiesto un fallo de eficiencia en este sistema de división de tareas y especialización de los operarios. Este sistema funcionaba adecuadamente en una situación de cristalización de la cadena de producción, en el que los operarios y los factores fueran estables; se entendía que, con la estabilidad de la persona que ocupaba determinado puesto, aumentaría su rendimiento. Sin embargo, se pudo comprobar que semejante organización producía fallos cuando una de las tareas no podía ser desempeñada; era necesario un proceso de flexibilización de los operarios (pero no, y esto es importante, de las tareas) que hiciera a los operarios prescindibles, itinerantes y fácilmente sustituibles. Extendido al proceso formativo personal, supuso cambios en la enseñanza, preparando a las nuevas generaciones de operarios para la inestabilidad laboral, y exigiendo un nivel cada vez mayor y más amplio de formación para poder competir. Del mismo modo, aplicado a las políticas, exigía una menor protección del operario y de su estabilidad, y la posibilidad de un mayor dinamismo de las plantillas laborales. El resultado es la salida al mercado de operarios eficientes, dinámicos y baratos.

3. Burocracia; Política y Derecho.

Siguiendo la lógica del desarrollo de la economía en la modernidad, el poder político y su principal formalización, el derecho, no iban a ser distintos. En el fondo, hay que entender el derecho y la política como formas de organizar la convivencia humana; buscando los intereses de la colectividad que ordena en conjunto, y, en la medida de lo posible, su propia estabilidad.

A nadie se le escapa el idealismo de esta definición. Y es que, no hay que olvidar, que aunque tanto el derecho como la política tengan ese objetivo, común y ¿altruista?, los individuos, que con la modernidad se ven sometidos a lógicas economicistas de interés propio, a menudo llevarán a aquellos que están en disposición de controlar el poder a utilizarlo en su propio beneficio. De hecho, en la socialización existen criterios que, por su asimilación inconsciente, pueden entrar en conflicto con la lógica de obediencia al derecho. Lo irónico es que el incumplimiento del derecho tiene su razón de ser en la organización sistematizada social; no es sino una tarea más.

En cualquier caso, lo importante por ahora es la condición formal que el poder ha tomado, mucho más que su contenido. Para empezar, el revelador hecho de la codificación jurídica y el derecho escrito mismo en general, que ha tomado una apariencia metódica, clara y racional; organizado como un reglamento de trabajo, fuertemente jerarquizado e inequívoco. El derecho modernizado, pues, no admite discrepancias, dudas ni variación; exige ser cumplido, exige protocolos, exige inviolabilidad. No es, en realidad, más que una herramienta destinada a resolver eficaz y matemáticamente los problemas surgidos en las relaciones sociales, siguiendo unos procesos preestablecidos de forma racional.

El derecho, con la modernidad, se convierte por tanto en la organización formal de la cadena de producción social; y esta organización racional es la que se mantiene y continúa perfeccionándose entrado en el ámbito de la posmodernidad. El verdadero cambio que se ha dado es el contenido (un contenido que a su vez se implementará en la cadena de producción social) de la producción jurídica.

Para explicar esto, es necesario entrar en ámbito de la política. La política fue, quizás, el plano de la existencia humana cuyo cambio, en el tránsito de la realidad premoderna a la modernidad, fue más drástico y menos progresivo. Se produjo el paso de una estructura jerárquica enormemente disgregada e interdependiente a un poder unitario, concentrado y con enorme capacidad coactiva. Este cambio era totalmente inevitable si se tiene en cuenta la tendencia capitalista, entonces incipiente, de acumulación de valor, y es la lógica solución a los problemas de eficiencia que suponían las contradicciones entre las distintas unidades de poder interdependientes en el sistema anterior. Si la sociedad se orientaba a un fin, ético, moral y de justicia, alcanzable mediante actuación racional y eficiente, un poder eficaz que lo guiase hacia ese fin era indispensable.

Para racionalizar su funcionamiento, el poder se dotó a sí mismo de un reglamento en pos de evitar conflictos (que no es otro que el derecho administrativo) y de un sistema de procedimientos lógicos y sólidos para el desempeño de sus funciones (la burocracia) y, más importante, acaparó para sí el diseño del plan que ordenaría la cadena de producción y la capacidad de modificarlo según las necesidades; el mundo de la política, en la cadena de producción jurídico política, es tanto el diseñador del producto como el ingeniero industrial que organiza la producción.

Pronto, se hizo evidente la necesidad de encontrar a los operarios que, por las cualidades propias de las tareas políticas, fueran a gozar de mayor obediencia entre los operarios que se encuentran jerárquicamente por debajo de ellos. El proceso que se dio en el mundo occidental, fue la democratización del poder (aunque en determinados casos, el poder militar o el apoyo social han permitido otras formas). Esta democratización, sujeta a las lógicas de funcionamiento del sistema anterior, no otorga el poder a la sociedad (esto supondría romper la jerarquía productiva); simplemente es una herramienta para dotar de mayor eficacia política a los operarios que ocupan estos puestos. Sin embargo, tanto los mecanismos tangibles (el derecho) como el modelo cognitivo moderno obligan al poder a funcionar de una determinada manera, una manera lógica y racional que garantice la eficacia de la cadena jurídico-política.

En la modernidad, con su ciega confianza en el positivismo científico para alcanzar la totalidad de la existencia (incluyendo los aspectos ético-morales) el producto de esa cadena jurídicopolítica era la justicia (que además de un mecanismo de arbitrio para la cadena de producción mucho mayor que es el conjunto de la sociedad, era una parte del fin mismo de la humanidad), y debía dirigirse hacia ese fin ético y moral que se antojaba cognoscible y alcanzable. Sin embargo, las desgracias del siglo XX pusieron de manifiesto la triste realidad que ha determinado la diferencia fundamental de la posmodernidad respecto de la modernidad; la existencia de ámbitos a los que el positivismo y el método racional no pueden llegar; para una mentalidad construida según un esquema moderno basado en el poder de la razón, se revelan como inalcanzables. Esos ámbitos incluyen la ética y la justicia.

Con el conocimiento de esta circunstancia, la producción jurídica de justicia pierde completamente su misma razón de ser. Si no existen una ética y una justicia racionales, el producto de la cadena jurídico política debe ser solamente la eficacia formal de la cadena social; ahora, como algo totalmente nuevo y propio de la modernidad, se plantea la producción de un producto distinto a la justicia. El poder y el derecho han perdido su condición ética, quedando solamente su condición práctica como garante de la eficiencia de la cadena de producción social: el nuevo objetivo a producir es la mera obediencia.

4. La Ciencia

El mundo de la ciencia es, por excelencia, el ámbito que nace con la modernidad, y cuyas lógicas de funcionamiento están más fuertemente inscritas en el origen mismo del proceso de modernización. La ciencia, por su condición objetiva, lógica, racional y demostrable, se instauró como prueba existente de la realidad visible; era lo indubitable, lo sólido, lo cierto de la realidad. En verdad, el proceso modernizador no consistió sino en aplicar la lógica científica a la totalidad de la existencia, en absolutamente todos sus planos.

La ciencia, así vista como cierta y segura, y aplicada a campos como la ética y el fin de la sociedad, permitió al hombre moderno confiar en la existencia objetiva de estos, como objetos científicos que tenían que ser existentes y cognoscibles. En esta concepción del fin de la humanidad, la ciencia era una parte inherente del mismo; ese fin era por tanto la propia ciencia, los avances tanto técnicos como “humanísticos” (éticos y jurídicos). La mejora técnica de la cadena de producción social, por tanto, no era sino un paso dentro del proceso de alcance de este fin.

De hecho, es también la ciencia la que ha hecho posible el enorme alcance del proceso modernizador. Sin los avances técnicos que ha dado, no habría sido posible la extensión del modelo moderno a todo el mundo, sustituyendo los modelos de existencia autóctonos por el modelo racionalista importado de occidente. Han sido los avances en materia de comunicación los que han originado la globalización económica que en última instancia ha llevado al mercado de la especulación financiera (estadio más avanzado del capitalismo hasta ahora) y a un nuevo sistema de flexibilización de operarios y recursos, inconcebible sin la más alta tecnología para permitir la el flujo económico global.

Pero, paradójicamente, igual que la ciencia originó en gran parte la modernidad misma, y determinó su desarrollo, fue la ciencia (o sus limitaciones) la que ha acabado por provocar el salto a la posmodernidad. Sucesos como el holocausto han revelado que el imparable avance en los campos técnicos, y por tanto en la eficiencia misma de la cadena de producción social, contrasta con el nulo avance que la ciencia ha dado en cuanto al fin de la sociedad (el objeto a producir); no sólo en su producción, sino en su mismo conocimiento. La incapacidad del método científico para estas cuestiones ha quedado de manifiesto; y ha traído la constatación de la imposibilidad de alcanzar racionalmente estas cuestiones; lo que en un modelo amueblado en la confianza en la racionalidad, ha supuesto asumir, incluso, la inexistencia de estos conceptos o su propia razón de ser. La ciencia, como todos los demás ámbitos, ha tenido que dar un paso atrás, y centrar su finalidad en el paso anterior, que sí ha demostrado abarcar; la eficiencia de la cadena de producción.

Así, la ciencia, en la que la modernidad confió todas sus esperanzas y su último sentido, ha demostrado, por su misma extensión, que no provee de respuestas concernientes al fin de la humanidad. Esto no puede sino acarrear el fin de un modelo cuya base era la misma ciencia, dando lugar a una nueva realidad en la que no es posible confiar siquiera en la existencia de dicho fin.

5. La Socialización: La Posmodernidad en el Pensamiento Humano.

La socialización resulta de especial interés al estudiar la modernidad y la posmodernidad; pues aunque se configure a partir de las dinámicas de los demás campos, es una condición absolutamente imprescindible para el desarrollo del modelo. Es inconcebible el avance de la modernidad en una sociedad en la que los agentes no estuvieran inmersos en sus dinámicas, su lógica y sus normas. Y esta inmersión no puede lograrse sin la asimilación interna e individual (aunque inconsciente) de la modernidad misma.

Para entender el origen de un proceso de socialización plenamente moderno, hay que aceptar la naturalidad, en términos de realidad calculable, de los planteamientos científicos y económicos propios de la modernidad. La mentalidad moderna es la mentalidad de la lógica, de la evidencia, de la objetividad; la mentalidad del cálculo (no necesariamente consciente). Precisamente, es esta cualidad matemática la que permitió su extensión en la consciencia colectiva, que no habría sido posible sin la solidez de las bases lógicas (o al menos, de la percepción y aceptación de esa solidez).

Así, los actores actúan según los criterios que la modernidad impone, porque los perciben como lógicos e incontestables. De esta forma, los individuos han asimilado como propia la lógica de la eficiencia matemática, llegando, mediante repetición, a aplicarla a todas las facciones de su actuación individual de forma inconsciente; a partir de la modernidad, el ser humano no sabe actuar de otra forma. Necesita ser eficiente.

Esta naturalidad no implica, en absoluto, la ausencia de un proceso de adoctrinamiento para el desarrollo en el individuo de la actuación eficiente. Por supuesto, existe este proceso, un proceso que incluye con las explicaciones fenoménicas, basadas en relaciones racionales causa-efecto; adiestramientos directamente corporales (desde actos tan simples como escribir, andar o vestirse, en los que ya se enseña a los niños a buscar un patrón de movimientos determinado en función de la máxima eficiencia posible en la tarea encomendada); adoctrinamiento ideológico, inserción de cánones estéticos, formación científica (incluso en campos humanísticos, la metodología científica y la mentalidad racionalista son más que evidentes)... Finalmente, el resultado son personas-operarios más eficientes, preparadas, baratas y flexibles. Además, para optimizar el desempeño social, la socialización es personalizada y pormenorizada; enmarca inevitablemente a la persona en su tarea propia, única e individual, dejando pocas posibilidades al cambio de posición en la cadena de producción; a pesar del proceso de flexibilización, que ha consistido más bien en hacer sustituibles a los operarios unos por otros, sin facilitar efectivamente que su tarea misma sea sustituible. Curiosamente, el campo de la socialización y del pensamiento colectivo es en el que menos evidentes son los efectos del cambio a la posmodernidad; posiblemente por la naturaleza del ámbito, al que llegan los cambios más tardíamente.

En cualquier caso, ya se puede hablar de la desmoralización colectiva. Desde principalmente el adoctrinamiento ideológico, la opinión de los intelectuales y los medios de comunicación de masas, adoptando posiciones críticas (e incluso sarcásticas) comienzan a negar, o al menos a ignorar, la existencia de una gran guía de la actuación ética, la razón misma del sistema o el fin de la humanidad. La progresiva pérdida de confianza en la religión o en la política no es más que un indicador de la aceptación colectiva de la deriva existencial. Sin embargo, aún no parece haber un cambio sustancial en la socialización que ponga en duda la eficiencia, la razón o el empirismo. De hecho, esto parece ser lo único que permanece cierto y demostrable; los procesos de formación continúan instruyendo a los individuos para ocupar su lugar, aunque ahora no alcancen a comprender el sentido de sus propias acciones; no lleguen siquiera a estar seguros de la existencia de un sentido.

Parte 2: Conclusión

Hasta aquí, podemos hacernos un modelo bastante plausible de cómo es la sociedad posmoderna. Una cadena de producción rígidamente organizada, eficiente en su máxima expresión; dotada de un reglamento estricto, sistemático y funcional; de una avanzadísima tecnología y conocimiento técnico que asegura la óptima eficacia; y operada por trabajadores especializados, competitivos, eficientes y fácilmente sustituibles. La misma cadena que se configuró en la modernidad. El cambio radical está pues, en el contenido, y no en la forma; en el producto que esa cadena aspira a producir.

La posmodernidad ha supuesto la terrible constatación de la imposibilidad de alcanzar mediante la eficiencia ese producto que la humanidad esperaba alcanzar; incluso, la imposibilidad de conocerlo o su no existencia. Ahora no hay producto; la cadena, enfocada hacia la eficiencia, se ha cerrado como un círculo sobre sí misma y falta de objetivos produce la propia eficiencia; la cadena se limita a perfeccionarse a sí misma en medio de la deriva en que está sumida.

Lo más triste de la posmodernidad, es que si sucesos como el Holocausto supusieron el catalizador para la revelación de la irrealidad de los fines últimos metacientíficos (mediante el conocimiento de otras interpretaciones de esos mismos fines y la imposibilidad racional de demostrar la certeza de una y falsar las demás) y por tanto, fueron origen del nuevo rumbo posmoderno, éste no es una reacción contra aquellos. No se ha dado ningún proceso efectivo para evitar que vuelvan a sucederse.

La verdad es que en el Holocausto, como un ejemplo de otros muchos, podemos ver el modelo de la modernidad funcionando a pleno rendimiento. Si leemos *Mein Kampf*, podemos ver que Hitler, aunque con razones totalmente fundadas en la misma irracionalidad, las dota de un discurso de apariencia lógica y consecutiva. Un discurso de gran atractivo para una mentalidad moderna, pues, a pesar de su motor asentado en ideas nada sólidas, sigue las lógicas causales del método científico inductivo que el pensamiento occidental ha hecho propio. Una vez puesto en manos de la política, que lo acepta como legítimo, ésta comienza la orientación de la sociedad hacia la producción de ese fin ideal. Se diseña un ordenamiento jurídico que organice la división de tareas de la forma más eficaz posible de acuerdo con el objetivo; se provee a la cadena de los medios tecnológicos necesarios para la producción y se orientan las industrias secunda-

rias a la provisión de los bienes materiales necesarios. Los operarios de la gran cadena, absortos en el desempeño de sus labores, y alimentados por un proceso de socialización adaptado a la meta particular (por cierto, puesto en marcha sorprendentemente rápido) pierden la noción de lo que realmente están produciendo; sin tener verdadero conocimiento de lo que está ocurriendo lo perciben como bueno.

No será hasta más tarde, cuando la política que organizaba esa cadena caiga y se importe una nueva con una concepción del fin de la cadena radicalmente distinta que los operarios lo perciban como un horror. De hecho, y en esto me permitiré diferir de Bauman, opino que el Holocausto no es tan sólo una consecuencia posible de las muchas de la modernidad; podemos decir que el Holocausto, igual que muchas otras tragedias, era inevitable. Inmersos en un sistema basado en las lógicas de la eficiencia absoluta y de la razón, que son conceptos matemáticos, ciertos y evidentes, puestos al servicio de la producción de un fin de la humanidad que a pesar de lo que se creía no lo era, puede verse como inevitable que apareciera alguna interpretación de ese fin alternativa; que lograra su puesta en marcha en algún sector de la sociedad y que, gracias a la eficiencia social, terminara con resultados nefastos y de proporciones exageradas. El gran problema es que, si hemos dicho que las razones últimas tras los planteamientos de Hitler tenían una base nada científica ni lógica (¿inexistente?), las razones que impulsan hacia cualquier otro fin no son más razonables.

Y es que en realidad, las grandes tragedias del siglo XX no fueron fallos en el sistema, no fueron errores; fueron una parte integral del proceso, su mismo clímax. Las preguntas que se antojan más difíciles de responder, no obstante, son otras: ¿Que puede pasar ahora? ¿Podría una desgracia así ocurrir de nuevo? Las respuestas son muy complejas. Por un lado, la maquinaria que lo hizo posible sigue a pleno rendimiento, más fuerte que nunca. Los operarios se adaptan a las variaciones en la producción a gran velocidad, la técnica ha alcanzado niveles inimaginables, las organizaciones son cada vez más efectivas y eficientes. Con la ampliación de alcance de la cadena que ha traído la globalización, podría estar produciéndose un exterminio similar, y ser realmente difícil para los operarios tener noción siquiera; explicaciones semejantes pueden darse a fenómenos como la explotación infantil. Además, de producirse, la tecnología disponible permitiría una eficacia y una velocidad nunca antes vista.

Aún así, para orientar esa cadena hace falta un objetivo al que dirigirla, y sin embargo, la realidad de la posmodernidad parece deslegitimar todos los fines concebibles, incluyendo aquellos que pasasen por la aniquilación. Existe el peligro de que dirigentes políticos, carentes de rumbo moral, dirijan la producción hacia su propio beneficio, y a día de hoy, en un estadio temprano de la posmodernidad en el que la socialización posmoderna aún es tan sólo incipiente, los operarios aún no se cuestionarían el objetivo final de sus acciones. Pero este riesgo ha existido siempre, y la experiencia ha demostrado que sólo se ha dado cuando los dirigentes eran capaces de enmascarar su interés de un discurso moral y ético, a la vez que lógico. Quizás, el auge de la posmodernidad plante la duda y la desconfianza hacia toda legitimación en los fines de la humanidad (por aceptarlos como irreales o al menos incognoscibles) e impida la imposición de ningún interés; quizás gracias a la posmodernidad, los operarios aprendan a ser críticos con la dirección de sus acciones y cuestionen la misma cadena, en vez de desempeñarse ciegamente en ella, al perder la cadena todo su sentido.

Por supuesto, las conclusiones que saco no incitan al optimismo. Los peligros de una maquinaria social tan desarrollada y eficiente son enormes y terribles; y la pérdida de un modelo, de un proyecto común es también desoladora. Si puede evitar la movilización completa de la sociedad hacia un fin nefasto, puede desatar también lo contrario, o mil otras consecuencias totalmente imprevisibles. A día de hoy aún no tenemos forma de saberlo.

La posmodernidad, lentamente, está acabando con los conceptos de ética, de moral, con las utopías, con la mismísima noción de verdad. La posmodernidad es la incertidumbre, el vacío, la nada, la deriva. Supone el conocimiento de la triste realidad de la ignorancia humana. El futuro ahora es, irónicamente, incognoscible; tal vez suponga la oportunidad de un cambio, de un nuevo comienzo. O tal vez, la maquinaria de la eficiencia se siga alimentando a sí misma cíclicamente, inmóvil, hundiéndose en el vacío que ha dejado la mentira moderna de la verdad.

Bibliografía:

- Zygmunt Bauman, *Modernidad y Holocausto*. Madrid, Sequitur, 1998 [1989]
- M. Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid, Alianza, 2001.
- E. Lamo de Espinosa, *La sociedad del conocimiento*. Información, ciencia, sabiduría. Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Madrid, 2010: 9-70
- Adolf Hitler, *Mi Lucha*. Madrid, Ojeda, 2008.